

Para los que leen la propuesta de verano 2025 por primera vez

Queremos, desde esta web y junto con la reflexión dominical ofrecer un fragmento de la carta pastoral de los obispos “el contraste paciente”. Es el árbol del que coger con libertad. Agradecerlo y aprovechar el que nos venga mejor.

En la unidad pastoral Santa María de Olárizu hemos estado compartiendo miradas. Al pasado de nuestra unidad, al futuro que soñamos y al presente con las apuestas que hacemos para que el futuro pueda ser. Y, movidos por el año jubilar invitados a ser “**peregrinos de esperanza**”.

Ofrecemos las quince notas para una iglesia renovada en los 78 puntos.

Tarea personal de repensar y discernir en nuestras actitudes y comportamientos: “el modo de relacionarnos con Dios y con los otros, la manera de afrontar los conflictos, nuestra forma de testimoniar la fe en la vida cotidiana”

Para los que leéis este décimo texto de verano

Al leer este texto con estas dos preguntas: “¿qué significa este cambio para mi vida personal? ¿Cómo puedo contribuir, desde mi realidad concreta, a una Iglesia más auténtica y evangélica?”

La nota se titula “**Iglesia que supera asume y desarrolla su dimensión sinodal**” y tiene los números 145 al 151.

Iglesia que asume y desarrolla su dimensión sinodal

145. La sinodalidad no es una moda ni una novedad organizativa, sino un modo específico de ser y actuar de la Iglesia que expresa nuestra naturaleza más profunda como pueblo de Dios que camina en comunión, reflejando esa unidad en la diversidad a la que el Señor nos convoca. No es algo nuevo, sino una dimensión constitutiva que necesitamos desarrollar en un contexto social y cultural específico.

146. Este caminar juntos implica el reconocimiento activo de la dignidad que brota del bautismo en todos los miembros de la Iglesia. No hay cristianos de primera y de segunda: cada bautizado contribuye según sus dones y carismas específicos al desarrollo de la misión común. La corresponsabilidad diferenciada de todos los fieles no es una concesión, sino una exigencia que nace de nuestro ser creyente.

147. Una Iglesia sinodal escucha antes de hablar, dialoga en vez de imponer y, sin renunciar a su identidad y credo específicos, discierne en comunidad los caminos del Espíritu. Esta escucha y diálogo no debilitan la autoridad ni

la comunión eclesial, sino que las fortalecen al permitir que se expresen de modo más evangélico y fructífero. La sinodalidad no cuestiona el ministerio ordenado, sino que lo resitúa más allá del clericalismo, afirmándolo como un don del Señor para su Iglesia y un servicio necesario que se armoniza naturalmente con la corresponsabilidad de todos los bautizados. La práctica humilde y auténtica de la sinodalidad convierte a la Iglesia en una voz profética para nuestro tiempo.

148. *«Vivimos en una época marcada por el aumento de las desigualdades, la creciente desilusión con los modelos tradicionales de gobierno, el desencanto con el funcionamiento de la democracia, las crecientes tendencias autocráticas y dictatoriales, el dominio del modelo de mercado sin tener en cuenta la vulnerabilidad de las personas y la creación, y la tentación de resolver los conflictos por la fuerza en lugar del diálogo»³⁵.*

³⁵ Francisco - XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión* (24 de noviembre de 2024), 47.

149. En un mundo así el estilo sinodal ofrece un testimonio alternativo. Frente a la tentación de resolver conflictos por la fuerza, la sinodalidad desarrolla una cultura del diálogo y el discernimiento compartido que puede inspirar respuestas nuevas a los desafíos contemporáneos.

150. La escucha paciente, la comunicación interna y el cuidado mutuo son pilares fundamentales de este modo de ser la comunidad de Cristo. Necesitamos crear y sostener espacios donde todas las voces puedan ser escuchadas, donde el «sensus fidei» del pueblo creyente pueda manifestarse, donde la acción de *«un mismo Dios que obra todo en todos»* (1 Cor 12, 6) ilumine nuestro camino común.

151. El desarrollo de la dimensión sinodal representa un aspecto esencial de la renovación eclesial a la que hoy nos llama el Señor. No se trata de adaptarnos a demandas externas, sino de ser más fieles a nuestra propia naturaleza como Iglesia, superando prácticas arbitrarias y reconociendo la presencia del Espíritu en cada bautizado y bautizada. Este testimonio de comunión en la diversidad puede convertirse en un signo de esperanza para sociedades que buscan formas más inclusivas y participativas de construir el bien común.